

## FORMACIÓN INICIAL DE LOS NOVICIOS

### UNA MIRADA SOBRE LA HISTORIA

El Señor dijo a Moisés: “Ve a Faraón, porque he endurecido su corazón y el corazón de sus siervos, para obrar estas señales mías en medio de ellos; y para que CUENTES a tu hijo y al hijo de tu hijo las MARAVILLAS QUE REALICÉ EN EGIPTO (*Ex 10,2 ss.*).

En el ritual de la Pascua judía, aun hoy, al llenar las tazas de vino por segunda vez, el más joven de la familia pregunta al jefe de la casa:

– “¿Por qué esta noche es diferente de las otras noches?”. Y el padre responde:

– “Fuimos esclavos del Faraón en Egipto. Nuestro Dios nos sacó de allí con mano fuerte y brazo extendido. Si no hubiese sacado a nuestros antepasados de Egipto, nosotros, nuestros hijos y nuestros nietos, seríamos esclavos del Faraón. Y, aunque seamos todos sabios, todos inteligentes, todos cultos, todos conocedores de la *Torah*, es nuestra obligación CONTAR el Éxodo de Egipto. Y será más digno de alabanza QUIEN MÁS CUENTE acerca del Éxodo de Egipto”.

Así se desarrollaba la educación de la fe en Israel. Israel educaba contando su historia. Al contarse la historia de padre a hijo, se creó ese patrimonio espiritual de los judíos y cristianos que es la Biblia. Antes que la palabra escrita fue la tradición oral la que mantuvo al pueblo en su marcha hacia Dios.

La historia siempre educa. La historia es maestra de vida.

Creo que para reflexionar sobre la “Formación inicial de los novicios, hoy”, es muy bueno examinar la historia. Podremos así contemplar, aunque rápidamente, muchos años de experiencias vividas en el campo de la formación, con sus búsquedas y realizaciones.

Reflexionaremos, por lo tanto, en tres momentos decisivos de esta historia en el Brasil:

1. La formación inicial en los años de la Acción Católica en el Brasil.
2. La formación inicial en los años del post Concilio Vaticano II.
3. La formación inicial hoy.

Para mirar esta historia no en los libros sino en la vida, hice un pedido de colaboración a los hijos de san Benito en el Brasil. Me separé un poco del estilo común de cuestionarios y consultas. Consulté con formadores y formandos, segura de encontrar en las respuestas, opiniones representativas de esos tres “momentos históricos”. Y al contrario de preguntas bien fundamentadas en la RB sobre oración, vida espiritual, estudios, etc., como acostumbran a poseer esos cuestionarios, opté por un método distinto: elaborar un trabajo incompleto, con lagunas, para suscitar en quien lo leyera un DESEO REAL DE COLABORAR para mejorar el texto. El modo de completarlo y profundizarlo (así como las concordancias y discordancias), ya sería lógicamente una respuesta sobre la realidad vivida por cada uno en relación a los valores monásticos, vivencia de la RB, etc., porque “la boca habla de lo que rebosa el corazón” (*Mt 12,34*). No niego que no haya tenido que tener bastante coraje (por ejemplo, para asociar asuntos monásticos con problemas políticos en el caso de las reacciones, o también para

clasificar la juventud monástica en cinco tipos de jóvenes tan superficialmente analizados), pero valió la pena, pues la riqueza de las colaboraciones enviadas superó mi expectativa<sup>9</sup>.

No voy a dar aquí, sin más, el resultado de los cuestionarios, pero si surge la oportunidad, utilizaré las colaboraciones enviadas, transcribiéndolas en itálica, naturalmente sin indicar su procedencia.

## **1. LA FORMACIÓN MONÁSTICA EN LOS TIEMPOS DE LA ACCIÓN CATÓLICA EN EL BRASIL**

Diversos formadores al responder sobre los tipos de jóvenes de su tiempo, hicieron alusión a este “momento histórico” de la vida monástica en el Brasil. Sin embargo, no me pareció una mirada nostálgica al pasado. Por el contrario, me pareció una tentativa de traer al presente una experiencia válida del pasado.

Decían:

*“Había un tipo –de jóvenes– muy común en aquel tiempo que recibía sólida formación monástica y litúrgica de D. Martinho Michler, jóvenes más maduros, formados, doctores, muy conscientes de la seriedad de su opción, que creían totalmente en la validez de las observancias monásticas y muy comprensivos con las debilidades de las antiguas generaciones que tuvieron dificultades y limitaciones mucho mayores”.*

*“La mayor parte de mis compañeras de noviciado habían recibido una buena formación litúrgica y monástica de D. Martinho y tenían una profunda vivencia cristiana. Eramos, así, un tipo especial. Habíamos vivido un pre-postulantado en la Acción Católica”.*

*“Había un tipo –de jóvenes– que extrañó mucho: las que habían hecho un pre-noviciado benedictino en casa. Frecuentaban el monasterio, la Acción Católica y recibían una sólida formación monástica y litúrgica de D. Martinho Michler”.*

Cito apenas estos tres testimonios. Habría muchos otros que demuestran que fue innegable la acción positiva de D. Martinho Michler y de la Acción Católica en los jóvenes que en aquel tiempo frecuentaban los monasterios. También esta profundización en la fe se hacía notar en los movimientos laicos y entre los líderes cristianos como el Dr. Alceu Amoroso Lima. El terreno de la Acción Católica ya había sido fertilizado por diversas iniciativas de grupos cristianos, sobre todo por la Coligación Católica que abarcaba el centro Dom Vital, la Acción Universitaria Católica, el Instituto Católico de Estudios Superiores, etc.

Dentro de este marco de cultura y liderazgos cristianos de la época, era frecuente “*entrar bien preparado al monasterio*”. La formación inicial podía entonces apoyarse en bases sólidas, como lo describe un formador:

*“Los valores que nos fueron presentados desde el principio fueron: LA SANTA REGLA EN PROFUNDIDAD DE TEOLOGÍA EVANGÉLICA: muerte-vida, humildad-resurrección, alabanza litúrgica, sentido teológico de la “vida sencilla” como Pascua constante y profundizada, dando a la vida de cada uno un sentido definitivo. Había prácticas exteriores, muchas y rígidas, pero siempre bien aceptadas, gracias al ESPÍRITU de quien entraba, bastante preparado, en aquella época... (Alguno que otro que no tenía esa preparación, entraba y después salía)”.*

---

<sup>9</sup> Para profundizar el tema, ver LIBÂNIO, J. B., *O Mundo dos Jovens*, Edições Loyola, 1978, p. 78.

## 2. LA FORMACIÓN INICIAL EN EL POST CONCILIO

Citemos, para comenzar, la colaboración de una formadora que entró en el monasterio en esa época:

*“Había en mi tiempo una mayoría del grupo 3 (jóvenes tradicionalmente religiosos) y muy pocos del grupo 1 (jóvenes existencialmente inquietos) con variantes de mayor o menor grado de concientización según participasen de la pastoral especialmente en las parroquias.*

*“Había en mi tiempo una gran afluencia de no-jóvenes, religiosas de congregaciones apostólicas que llegaban al monasterio en la época del post concilio. Llegaban también jóvenes alienadas, de clase muy humilde, buscando inconscientemente una promoción. En los años 70-75 fue lo que predominó y casi todas salieron”.*

Sobre este “momento histórico”, creo que también puedo aportar algo de mi experiencia personal, pues llegué al monasterio en 1970. Era el tiempo de la “muerte de Dios”, de la secularización y del secularismo. Los jóvenes de Iglesia leían bastante y sin discernimiento, autores como Harvey Cox, Bonhoeffer, Chardin y otros, acabando en una gran confusión de ideas entre lo tradicional, lo definitivo y lo nuevo, lo adaptado a los tiempos, etc. La Iglesia pasaba también por un proceso de renovación, un poco “ventanilla”, como dijo alguien. Preguntábamos a los sacerdotes y a los mayores, pero sus respuestas no nos satisfacían. Los medios de comunicación social hablaban ardientemente de la emancipación de la mujer. Películas de Buñuel, Passolini, Godard y otros, tenían a los jóvenes al tanto de las grandes convulsiones psicológicas y sociales del hombre y del mundo de entonces. Existían también los jóvenes que adherían al movimiento “hippie” que llegaba al Brasil, y los que adherían también a la “explosión de la música joven”. Los grupos parroquiales de jóvenes casi se caracterizaban por este atractivo musical.

*En la Iglesia, los sacerdotes dejaban el ministerio sacerdotal, seguros de que en breve el celibato sería abolido, y los que quedaban no tenían el coraje de entusiasmar a nadie para la vida religiosa. Yo misma salí casi clandestinamente de las actividades pastorales de mi parroquia, temiendo que no aceptaran mi decisión e incluso criticaran mi opción por la vida contemplativa. La virginidad era un tabú para los jóvenes. ¿Vida contemplativa?, ¿para qué? La palabra de orden era “¡ACCIÓN!”. Pero... aun así existían aquellos y aquellas a quienes la gracia de Dios consiguió “empujar” a los monasterios...*

¿Y en los monasterios? Era la época de los “tests psicológicos”: primer oprobio para el que llegaba. Adentro todo está siendo cuestionado. Y creo que no sólo y no tanto por los jóvenes que entraban. Solamente se hablaba de crisis: crisis de identidad, crisis de obediencia, crisis de castidad, crisis existencial, etc., etc., etc.

Todo estaba cambiando: el Oficio divino, los usos y costumbres. En lo accidental, cada día “caía” algo: primero las rejas del coro, después las de los locutorios; las monjas dejaban de usar las cogullas; las postulantes la capa, luego el velo. Todo este aspecto accidental tenía su repercusión en las personas. Para unas sacar las rejas era un problema (“¿Dónde queda la estructura monástica?”); para otras cambiar el hábito podía significar una infidelidad a la tradición, etc. De ahí el conflicto generacional tan característico de esta época.

Recibimos, sin duda, una buena formación inicial centrada en la Santa Regla: Historia monástica, Liturgia, Patrología, etc., pero, ¿cómo asimilarla frente a tantas oscilaciones entre el Vaticano II, san Benito, y a veces hasta Casiano?

Todo necesitaba ser asimilado más en el plano de la fe. Para completar, debemos decir que muchas actitudes y reivindicaciones se hacían “en nombre de los jóvenes” y “a causa de los jóvenes”, pero no siempre procedían de ellos.

Sin embargo, a todos nos animaba la certeza de que los sufrimientos de esta época serían semillas y garantía de nuevos tiempos: el cese del “vendaval” y la “bonanza” de nuevos tiempos para la Iglesia y para la vida monástica.

### **3. LA FORMACIÓN INICIAL HOY**

Nuestras novicias acostumbran a cantar en los recreos una canción, cuyo refrán traduce bien lo que sentí al leer los cuestionarios de los formandos:

*“Hoy los tiempos son mejores  
crece la esperanza entre nosotros,  
hoy los tiempos son mejores  
siento la alegría en mí renacer”.*

Voy a tratar de sintetizar lo que pude captar como deseos, aspiraciones y esperanzas de nuestra juventud monástica.

En general, en relación a la formación inicial, nuestros novicios necesitan:

#### **a) Una base sólida de vida comunitaria donde afirmar su opción**

No quieren partir de la nada. Reconocen el valor y la necesidad de la estructura (podemos cambiar el nombre, no la realidad) en una vida comunitaria, aunque procuran siempre conocer sus raíces, sus motivaciones:

*“La estructura es necesaria. Ella forma. Con todo, no debe ser impuesta, sino VALORIZADA por quien la trasmite. No existe sólo por existir, sus razones deben ser comentadas, discutidas. La MOTIVACIÓN es VITAL para que los valores sean descubiertos y apreciados por los jóvenes”.*

También el formando debe participar de la elaboración de la estructura comunitaria:

*“Independientemente de que los jóvenes sean existencialmente inquietos o no, su presencia en el monasterio exige adaptaciones. Es inconcebible, tratándose de la existencia humana, querer someter al individuo a una estructura sin que participe de su elaboración. La estructura, dentro de la concepción cristiana de vida, debe existir en función de los individuos. La estructura de un monasterio debe existir en función de un proyecto de vida comunitaria donde cada uno pueda sentirse como persona”.*

Pero, según los propios formandos, si el novicio no consigue adaptarse a la estructura de vida comunitaria, significa que no ha sido llamado a aquella vida, o, tal vez, a aquella determinada comunidad:

*“La sociedad en que vivimos está basada en estructuras (...) ¿Por qué la vida religiosa debería excluirlas? Cuando se habla de disminución de vocaciones, se piensa en cambiar las estructuras, modernizarlas excesivamente a fin de CONQUISTAR a los jóvenes. Pero nos olvidamos de que si el joven no se adapta es sencillamente porque no tiene vocación para este tipo de vida o para esta comunidad”.*

Los propios novicios sienten, por lo tanto, la necesidad de esta base sólida de la estructura de la

vida comunitaria. La comunidad tiene que estar segura, firme en su marcha, si desea que las nuevas generaciones tengan la misma firmeza y seguridad en su opción.

Notemos, con todo, que la estructura comunitaria debe estar al servicio. Es necesario considerar todos los aspectos: la comprensión, la motivación y la participación del joven en su elaboración. La estructura, así concebida, nos parece más como una “pedagogía de formación”, algo que nos ayuda a todos, formadores y formandos, en nuestra marcha hacia Dios.

Debemos formar para la vida comunitaria. Cambiar solamente para agradar a algunos o a uno, no sería aceptado por los formandos.

*“Querer cambiar algo sólo para posibilitar la permanencia de un joven en el monasterio es proceder, no como FORMADOR, sino como FORJADOR de vocaciones (citando la expresión de un formador)”.*

### **b) Testimonios de vida más que teorías**

Una formadora escribió:

*“Siento que los jóvenes traen consigo un gran deseo de autenticidad y son muy finos en la observación y exigencias de coherencia, entre el discurso y la práctica, de sus formadores y de la comunidad”.*

Otro formador:

*“Pasó aquel tiempo en que el formador era el único enlace que ligaba al novicio con la comunidad. Antiguamente todo era ‘filtrado’ (cubrir el sol con el tamiz) por el formador antes de llegar al novicio. Hoy, al no existir más aquella rigidez de separación, es el novicio quien observa primero y más atentamente a la comunidad. Un postulante, cierta vez, me describió, perfectamente y con abundancia de detalles, a cada miembro de mi comunidad (!)”.*

*“Hoy, debe crecer más la convicción y la responsabilidad de toda la comunidad en la formación de los nuevos miembros”.*

Pero, los formandos son capaces de penetrar bien a fondo en las limitaciones humanas:

*“No es necesario presentarnos una comunidad de santos; queremos una comunidad donde el perdón, el crecimiento y la caridad tengan lugar”.*

Estoy segura, sin embargo, de que el esfuerzo sincero, individual y comunitario, de vivir de un modo más radical y coherente el seguimiento de Cristo dará, sin duda, más estabilidad y tranquilidad interior a los que tienen realmente vocación.

### **c) Apertura del corazón**

La apertura del corazón, que no es una novedad de hoy sino uno de los medios de formación del monaquismo antiguo, sólo se realizará en el joven si encuentra en su comunidad un formador que realmente lo comprenda, que no se escandalice de sus pensamientos ni de sus acciones. Sabemos hasta qué punto es propensa la juventud a la verdad, a la autenticidad cuando se siente acogida y estimada. Sin embargo, tanto los formadores como los formandos deben vencer algunos obstáculos. Una novicia se expresó muy bien y con claridad a este respecto:

*“La contribución del formando a la difícil tarea del formador es la apertura. Y pude constatar en la última CIMBRA JOVEM que éste es un problema común de los*

*noviciados. Los jóvenes sienten la necesidad imperiosa de la apertura para su desarrollo y mejor integración en el monasterio. Pero la apertura no es tan fácil. Por parte de los novicios hay algunas dificultades: timidez, experiencias negativas de aperturas anteriores a la entrada en el monasterio, desconfianza inicial (miedo de la reacción del formador, miedo de no ser aceptado íntegramente por él), orgullo, etc. También hay dificultades por parte del formador: formador de tipo cerrado, formador que tiene la falsa idea de que hay que mantener una cierta distancia para conseguir el respeto, formador que tiene miedo de comprometerse con el formando y prefiere mantener con él relaciones superficiales (este tipo de formador se esconde bajo una imagen de discreto y espera que el formando se abra solo; se olvida de que los formandos son como las flores, que para abrirse necesitan, unas más otras menos, el calor del sol, el agua, la brisa suave). El amor recíproco (formador-formando)... va facilitando lentamente esta apertura”.*

Esto exige mucho diálogo, mucho esfuerzo de aproximación, mucho derrumbe de barreras. Pienso, como una formadora, que todo depende mucho de quien forma. Ella me decía:

*“Hablamos mucho (las formandas y yo). Y el diálogo DEPENDE MUCHO de la persona del formador. Nosotros siempre tenemos, además de la experiencia y cierto nivel de madurez, un “aire de señores de la verdad”...*

#### **d) Que cada novicio sea visto por el formador como un “tipo único”**

Esta necesidad de los novicios apareció mucho en las respuestas referentes a la hoja 1, LOS TIPOS DE JÓVENES. Entre las muchas respuestas, elegí algunas que sintetizan el pensamiento de todos.

*“El formador debe dejarse informar también por el formando, por los jóvenes y no solamente por datos, tipologías, esquemas psicológicos. Muchas veces por haber sufrido alguna grave decepción con otros formandos excesivamente inquietos o sin vocación, el formador pasa a generalizar todo. Para él la juventud es inquieta, irresponsable, incapaz de asumir compromisos serios, etc. (todo esto relacionado con su decepción). No negamos que haya casos particulares así, pero tengamos cuidado: esos CASOS PARTICULARES NO DEBEN SER GENERALIZADOS. Son actitudes de jóvenes pero no “de la juventud monástica”.*

*“...Generalizar es siempre peligroso”.*

Una formanda completa con una visión más “benedictina”:

*“Deseamos que cada novicio sea visto por el formador como UN TIPO ÚNICO y que se desarrolle de un MODO ÚNICO... pues especialmente en el MONASTERIO, el joven NECESITA SER VISTO A UN NIVEL MUCHO MÁS PROFUNDO”.*

Todo esto significa para el formador: tratar con toda atención (solicitud) al que llega, “quienquiera que sea”, con tal de que quiera “empuñar las gloriosas y poderosísimas armas de la obediencia, para militar bajo el verdadero Rey, Cristo Señor”, y con tal de que busque verdaderamente a Dios. Sin esto, es mejor dejarlo partir, pero no sin antes rodearlo con la amistad y el cariño de la comunidad, verdaderamente empeñada en ayudarlo a encontrar su lugar en la Iglesia y en el mundo.

#### **e) Una formación “suave y fuerte”**

De todo lo dicho debemos concluir: los novicios tienen necesidad de que los formadores los ayuden a descubrir, en el fondo de su corazón, un sentido vivo de las realidades monásticas, una

afinidad fundamental con el espíritu y los elementos constitutivos de nuestro género de vida. Por tanto, su formación debe ser SUAVE y FUERTE. Suave, con todo lo que esta palabra implica de ternura, amistad, comprensión, apertura, diálogo, paciencia, tolerancia, etc. FUERTE, porque es necesario caminar en la dirección del “poderosísimo género de los cenobitas”. Y aquí retomamos las palabras de san Benito:

- Mostrando las cosas “duras y ásperas” por las cuales se llega a Dios.
- Llevando al formando a buscar verdaderamente a Dios, a ser solícito con el Oficio Divino, la Obediencia y los Oprobios.
- Haciéndolo crecer cada vez más en la fe, con la certeza de que no hay dificultades ni sufrimientos, por peores que sean, que no deban sufrirse por el Señor (superamos todo...). En consecuencia, ayudarlo a crecer cada vez más en el amor y conocimiento de Jesucristo.

Sólo este amor de Jesús es el aliciente de una formación verdaderamente monástica, de la cual no se puede excluir “simplemente” el “oprobio”. Indudablemente que se expresará con nuevas formas. No se trata tanto de malos tratos, injurias, etc., sino de ayudar al novicio a mantener su equilibrio interior y exterior frente a las dificultades que tarde o temprano surgirán (a veces surgen ya desde el principio) en su vida. Se trata de ayudarlo a enfrentar con serenidad pero con FIRMEZA DE OPCIÓN las situaciones extremas. Retirar al novicio toda posibilidad de vivir el oprobio hoy, no solamente sería desastroso para su progreso espiritual, sino tampoco contribuiría a su enraizamiento en la tradición monástica. Despertar y desarrollar este sentido íntimo de nuestra vida monástica en el amor, la amistad, en el relacionamiento franco, abierto, transparente, será –creo yo– la mejor garantía de una vocación auténtica y de una fidelidad, sin vacilaciones en el futuro.

*Abadía de la Santa Cruz  
Juiz de Fora - Brasil*

